

Retiro de familias

Cuaresma 2011

“Edificados en Cristo”

El mensaje del Papa para esta Cuaresma nos habla de la carta de los colosenses: «*Con Cristo sois sepultados en el Bautismo, con él también habéis resucitado*» (cf. Col 2, 12). El Papa nos muestra el camino que queremos recorrer: vivir sepultados con Cristo para resucitar también con Él. Vivir en su corazón de Pastor, para saber enfrentar las dificultades y besar la cruz camino del Calvario. Dice Benedicto XVI: *“Nuestro sumergirnos en la muerte y resurrección de Cristo mediante el sacramento del Bautismo, nos impulsa cada día a liberar nuestro corazón del peso de las cosas materiales, de un vínculo egoísta con la «tierra», que nos empobrece y nos impide estar disponibles y abiertos a Dios y al prójimo”*. La Cuaresma es un tiempo liberador, un camino de sanación, un acercamiento al núcleo más profundo de nuestra fe. Es el tiempo para despojarnos de tantas ataduras y cadenas. No es fácil caminar ni correr cuando el corazón nos pesa demasiado. Pero tampoco es fácil soltar peso. Cuando queremos adelgazar sabemos que es fácil perder algunos kilos, los primeros. Más tarde, cuando queremos adelgazar más, el camino se pone difícil. Cuando pesamos mucho es fácil perder los primeros kilos, pero luego, cada gramo se convierte en una tarea ardua y difícil. Algo parecido nos pasa en nuestro camino de fe. Cuanto más cerca estamos de Dios, más experimentamos nuestra miseria y nuestra debilidad, más patente nos resulta lo lejos que estamos de ser santos.

A medida que nos acercamos a Dios, en la medida en que vamos creciendo y profundizando en nuestra relación con Cristo, nos resulta más difícil avanzar, crecer y dejar de lado lo que nos pesa. Cuando estamos muy lejos, volver a empezar parece hasta fácil. Es mucho lo que dejamos y mucho lo que ganamos. La primera conversión se refleja en esa vuelta a casa del hijo pródigo, en ese abrazo interminable entre el padre y el hijo perdido, es el acto heroico de dejar la vida anterior, marcada por el desorden y el pecado, para comenzar una nueva vida. Sin embargo, al crecer y al avanzar, al permanecer en casa con el Padre, comienza un nuevo camino. El otro día leía una definición interesante sobre la espiritualidad: *“Es el descubrimiento y desarrollo progresivo de esa imagen de Dios dentro de mí, hasta llegar progresivamente a ser yo mismo. La filosofía describe este proceso con la palabra autenticidad”*. Descubrir el rostro de Dios en el propio rostro, en el corazón, es un camino lento y difícil. Es la imagen que Dios ha grabado en el alma. Ese rostro verdadero en cuya luz descubrimos quiénes somos verdaderamente. Todos necesitamos una segunda conversión, necesitamos cambiar el corazón siempre de nuevo. Tal vez ya no son los grandes pecados los que nos quitan la paz, sin embargo, al avanzar, vemos lo lejos que seguimos estando del ideal. Dios nos ha soñado para algo grande y nos sentimos incapaces de lograrlo. Damos pequeños pasos que nos parecen inmensos, creemos estar más cerca y estamos, sin embargo, más lejos. Avanzamos con esfuerzo y retrocedemos casi sin darnos cuenta. Por eso es tan importante parar hoy los motores y mirar en nuestro interior. Es fundamental para comenzar de nuevo a caminar y tomarnos en serio el tiempo que se nos regala.

Este retiro, por todo ello, es una ayuda para comenzar esta liberación de nuestro ser. Queremos sumergirnos en Cristo con todo lo que nos ata y pesa, para resucitar con Él, más libres y más limpios. Y pensaba que Dios nos regala este tiempo de Cuaresma para crecer en este camino de autenticidad. Autenticidad en nuestras relaciones, en las

verdades que llenan nuestra vida. Autenticidad en nuestro amor y en nuestra entrega diaria. Autenticidad en nuestra fe, para que aquello que creemos se corresponda con nuestra forma de vivir y de amar. Queremos aprovechar el retiro para adentrarnos en ese mundo siempre nuevo y siempre desconocido de nuestro propio corazón. Decía el P. Kentenich: *“Le falta a la totalidad del cristianismo lisa y llanamente interioridad: ¡La vida interior se está extinguiendo!”*¹. Si queremos saber nuestra verdad, lo que Dios quiere y espera de nosotros, tenemos que vencer los miedos y profundizar en nuestro interior. Dios nos ha creado para algo, aunque a veces dudemos del sentido de nuestra vida. Queremos descubrir quiénes somos, cuál es nuestra originalidad, cuáles son nuestros talentos y dones. ¿Qué quiere hacer Dios con nuestra vida? No es fácil saberlo con certeza. Tenemos intuiciones, nos damos cuenta de lo que poseemos, pero no estamos seguros de estar usando bien todo lo que Él ha puesto en nuestras manos como sus administradores. Pensamos en nuestra vida matrimonial, en nuestra vocación concreta en una sola carne que se hace historia. Y nos damos cuenta de la falta de armonía que reina en nuestras vidas. El mundo nos rompe por dentro, nos desorienta, hace que perdamos los valores más importantes de nuestra vida. Queremos construir sobre tierra firme, sobre una roca segura. Si edificamos en Cristo todo es más fácil.

El pueblo judío experimentaba esa ruptura del hombre en su relación con Dios. El relato de Génesis 11, 1-9 expresa el origen de ese quiebre: *“Toda la tierra hablaba la misma lengua con las mismas palabras. Al emigrar (el hombre) de oriente, encontraron una llanura en el país de Senaar y se establecieron allí. Y se dijeron unos a otros: -Vamos a preparar ladrillos y a cocerlos. Emplearon ladrillos en vez de piedras, y alquitrán en vez de cemento. Y dijeron: -Vamos a construir una ciudad y una torre que alcance al cielo, para hacernos famosos, y para no dispersarnos por la superficie de la tierra. El Señor bajó a ver la ciudad y la torre que estaban construyendo los hombres; y se dijo: -Son un solo pueblo con una sola lengua. Si esto no es más que el comienzo de su actividad, nada de lo que decidan hacer les resultará imposible. Voy a bajar y a confundir su lengua, de modo que uno no entienda la lengua del prójimo. El Señor los dispersó por la superficie de la tierra y cesaron de construir la ciudad. Por eso se llama Babel, porque allí confundió el Señor la lengua de toda la tierra, y desde allí los dispersó por la superficie de la tierra”*. Me gusta la imagen de Babel, porque expresa muy bien la situación que vive el ser humano. El deseo del hombre lo lleva a intentar llegar hasta Dios construyendo una torre. Una torre que pueda vencer al mundo y tocar a Dios. Es el anhelo de los hombres que no se sienten débiles sino poderosos. Es el desafío de los que creen que pueden hacerlo todo con sus propias manos, sin necesidad de ayuda. Dios ve la actitud de este pueblo, semejante a la de Adán, quien también quiso ser como Dios, y los dispersa, confundiendo sus lenguas. Desde ese momento la unidad se hace imposible, y, al faltar la unidad, surge la guerra y la división. La falta de paz y la falta de armonía. Si quisiéramos buscar una imagen que reflejara nuestro mundo, pocas nos servirían mejor que la de Babel. ¡Cuánta división, cuánta violencia vemos por todas partes! Dios comprendió que el hombre sería capaz de todo, y para evitar que no encontrara la paz lejos de Él, confundió sus lenguas.

La exégesis lo explica como el castigo de Dios por la soberbia del pueblo. Sin embargo, más allá del castigo, creo que lo que se esconde en este pasaje bíblico es en realidad un camino de salvación para el hombre. Porque sólo desde la experiencia de la propia impotencia es posible volver a construir. Sólo desde la dispersión se puede llegar a la unidad. Sólo desde el momento en que reconocemos las diferencias, podemos construir la unidad sobre la aceptación y la tolerancia. Sólo si somos sumergidos en la muerte de Cristo podemos llegar a resucitar. Nos parece un camino complicado y nos negamos con frecuencia a recorrerlo. Las palabras de Marcos 8, 34-9, 1 expresan el mismo camino que tenemos que recorrer: *«El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí*

¹ J. Kentenich, “Carta a los jefes de la Federación”, 1919

misimo, que cargue con su cruz y me siga. Mirad, el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio la salvará. Pues ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? ¿O qué podrá dar uno para recobrarla? Quien se avergüence de mí y de mis palabras, en esta generación descreída y malvada, también el Hijo del hombre se avergonzará de él, cuando venga con la gloria de su Padre entre los santos ángeles». Los caminos de Dios son extraños. Él nos pide dejar la vida cuando queremos conservarla; nos pide renunciar a todo, cuando el corazón quiere retenerlo todo; nos pide cargar con la cruz, cuando estaríamos dispuestos a dejarla por el camino; nos pide la humildad cuando es son el orgullo y la vanidad los que rigen nuestro corazón; nos pide negarnos a nosotros mismos, cuando preferiríamos negar a los que nos rodean. Hoy nadie quiere negarse a uno mismo. Vivimos en una sociedad donde no queremos negarnos nada, buscamos satisfacer todo deseo. Queremos vivir con todo, sin renuncias, sin tener que dejar insatisfechos nuestros instintos y anhelos. Todo vale si sirve para satisfacer el grito del alma. Por eso, hablar hoy de negarnos a nosotros mismos suena extraño, algo del pasado. Incluso en círculos de Iglesia. La propia negación parece que va contra esa imagen del Padre abrazando al hijo que regresa. Sin embargo, Cristo aquí nos pide que lo demos todo. No se conforma con un poco de nuestra vida, pide la totalidad. No le basta que le entreguemos algo de nuestro ser, nos quiere enteros. Y para que eso sea posible tenemos que aprender a negarnos en nuestros afectos desordenados, en nuestra soberbia que no admite la obediencia, en nuestro afán de ser reconocidos, porque sólo en Dios encontraremos reposo.

La Cuaresma es un regalo que nos hace Dios para volver a la verdad de nuestra fe, para eliminar mentiras y superficialidades, para profundizar en nuestro camino y cultivar nuestra vida espiritual. Lo hacemos con alegría, porque no estamos en un tiempo triste. No nos preparamos con resignación a revivir la muerte de Cristo. No, muy al contrario, el mensaje de Cuaresma es la esperanza. Si sólo vemos el lado oscuro de la vida, nos parecemos a aquellas personas que sólo ven barro a su alrededor, porque tienen los ojos llenos de barro. Pensaba en una película, llena de esperanza, que ha estado muy presente en mi corazón: *"De dioses y de hombres"*. Es una película que de forma magistral recoge un hecho histórico, el asesinato de unos monjes cistercienses en Argelia. Ellos tuvieron la oportunidad de huir y volver a Francia, cuando vieron que el peligro los acechaba, alejándose de un lugar tan peligroso. Pudieron escoger la vida, en lugar de la muerte. Lo más razonable hubiera sido marcharse a un lugar seguro. Es la decisión que muchos le habríamos recomendado a una persona en peligro de muerte. El mismo S. Pedro le decía a Jesús, cuando Él anunciaba su destino, que no podía hablar así de su propia muerte, una muerte que no tenía ningún valor aparente. Su vida de monjes podía ser mucho más valiosa en otra parte. La vida es tan valiosa que nos sigue costando enfrentarnos a la muerte. Nos gustan las historias con final feliz y la muerte no nos parece un final bastante duro. Tenemos miedo a las cosas efímeras, que pasan rápidamente ante nuestros ojos. Nos parece que renunciar a todo para siempre es demasiado difícil. Estar dispuestos a dar la vida es el camino de la santidad que estamos llamados a vivir cada día. Ellos optaron por permanecer fieles a la vocación que Dios les había dado. Tenían la misión de ser la rama, el lugar de reposo, sobre el que muchos pudieran descansar y conservar la vida. Si ellos se iban y no permanecían fieles, muchos quedarían sin hogar. Estaban llamados a permanecer firmes en Cristo, edificados en su amor y en la vocación que Él les había regalado.

Sin embargo, la santidad no se improvisa. Decisiones como las que tomaron esos monjes no surgen en el corazón de la noche a la mañana. Son decisiones difíciles que cobran vida en corazones que han recorrido un camino previo, un camino de aspiración a las cumbres más altas, un camino de luchas y oscuridades, de dudas y miedos. La santidad se juega en el silencio y en la pequeñez de las decisiones diarias, muchas de ellas muy complicadas. De nuevo las paradojas de Dios. En lo pequeño está nuestra grandeza. En la santidad que no se improvisa de un día para otro. Decía el P. Kentenich: *"El mal estriba en el raquitismo"*

de la vida interior de la humanidad. Nuestros males no se curan con remedios exteriores, sino por la renovación de la vida del espíritu. Por lo tanto, abramos nuestros corazones al llamado de Dios”². Esta llamada a la santidad es la que hoy escuchamos en el corazón. No basta con ser buenos, tenemos que ser santos. El ideal de santidad brilla ante nuestros ojos: “Si pretendemos detener el torrente de inmoralidad que amenaza minar los fundamentos mismos del orden público, de la ética familiar, de la educación, de la fe y de la vida eclesial, hay un solo dique que promete salvación: nuestra santidad. Lo que nuestros tiempos necesitan ante todo son santos nuevos y convincentes que arrastren. Si no santos, hombres nuevos, hombres íntegros, cristiano, nuevos, cristianos auténticos, interiormente perfectos”³. Nosotros somos esos cristianos nuevos y auténticos, esos cristianos llamados a dejar en el mundo la presencia de Dios.

Hace poco, el 13 de febrero de este año, falleció en Madrid Soledad Pérez de Ayala, tras seis años padeciendo un cáncer. Su testimonio ha sido un motivo de esperanza para muchos. Con su vida da fe de la santidad que se juega en lo pequeño. Todo empezó hace años cuando tuvo que iniciar un camino de renuncia, de crecimiento y de lucha por la vida. Comentaba: “Con la ayuda del Señor, de la Virgen María y de toda mi familia, fui encajando el sufrimiento de la debilidad, las llagas, el hospital, y todas las molestias derivadas de la medicación. Al principio tenía miedo a la Cruz, y ese miedo me hacía sufrir más que la propia enfermedad. A menudo me había preguntado, antes de la enfermedad, por qué tantos hombres y mujeres padecen en el mundo, haciéndose partícipes de la Cruz, y yo tenía una vida cómoda. Al entrar a formar parte de los que sufren, me sentí parte del Pueblo del Señor. Siendo débil en el Señor, notaba más su fortaleza en mí. Entonces se me pasó el miedo”. El hombre no nace amando la cruz. El hombre ama la vida, la felicidad, la paz, la salud. Nadie ama la enfermedad como un don anhelado y buscado. Nos da miedo sufrir y rehuimos el dolor. Nos gustaría tener una vida plena y satisfecha. No aceptamos el dolor de la ausencia.

Por eso hoy me quiero detener en el camino de santidad que vivió Soledad. Cuando miramos vidas cercanas a la nuestra puede surgir la admiración o el escepticismo. A veces nos cuesta creer en la santidad de los que nos rodean. Nuestra vanidad y nuestra envidia no nos dejan alegrarnos con la vida de los otros. En seguida teñimos nuestra mirada con un velo de sospecha. “Seguro que no sería tan santa”, pensamos en nuestro interior. “No puede ser tan perfecta”. Recuerdo que cuando vimos hace unos meses la película “La última cima”, sobre la vida de un sacerdote recientemente fallecido, Pablo Domínguez, algunos comentaban: “No es real, no puede ser tan perfecto”. Así es muchas veces, nos cuesta aceptar la belleza, los paisajes sin mancha, la vida sin pecado manifiesto. Cuando vemos las fotos de modelos en la publicidad nos cuesta creer que sea tan perfecta. Hoy la técnica elimina las imperfecciones de las fotografías. La realidad se arregla para que parezca más bella. Por eso nos cuesta creer en una belleza sin maquillaje. En seguida queremos ver el mal, la falta, la herida. Nos encanta encontrar los puntos débiles de los demás, sus pecados ocultos, su vida pasada inconfesable. Nos gusta más el descrédito de los otros que su fama, el fracaso que su éxito. Pero nos cuesta reconocerlo, eso supone aceptar nuestra debilidad, nuestra herida y nos resulta muy difícil. Además, ver la debilidad de las personas nos hace mejores, más poderosos. El otro día, el protagonista de una película decía: “A mi padre le interesa saber las debilidades de las personas, así, conociendo sus puntos débiles, se siente con poder sobre ellos”. Es nuestra gran tentación, buscar las debilidades de los demás, para que las nuestras queden minimizadas y parezcan inexistentes. Así tendremos poder y pareceremos mejores.

Por eso quiero hoy detenerme en Soledad. Es verdad que hay otras vidas como la suya en las que merecería la pena detenernos. De hecho, al pensar en ella, pienso también en cómo Íñigo Barandiarán vivió sus últimos meses de vida. Él se enfrentó al cáncer con paz y luchó hasta el final con un corazón confiado y filial. Su alianza con María y su Poder en blanco entregado filialmente fueron un camino seguro en el dolor. Por otro lado también pienso en

² J. Kentenich, “Carta a los jefes de la Federación”, 1919

³ Ibídem

Carmen García Giménez recientemente fallecida. Ella también ha muerto como consecuencia de un cáncer y ha dejado a su marido y a sus tres hijos. Vivió la alianza de amor hasta el último momento. Desde su juventud se había entregado filialmente a María en el Santuario. Cuando llegó el año pasado la enfermedad pudo enfrentarse a sus miedos y supo caminar con esperanza este último tramo de su vida. Aún así, hoy he optado por Soledad, a quien, sin embargo, no conocí personalmente, debido a los escritos que nos ha dejado. A través de testimonio escrito podemos acercarnos mejor al misterio de la vida. Tal vez alguno la hayáis conocido personalmente y tengáis más información que yo sobre su camino de santidad. En todo caso sólo quiero hablar de ella para que nos ayude con su testimonio a encarar la vida. Ella hablaba así de su actitud ante el sufrimiento: *“El sufrimiento es superado por el Amor, y al sufrir con Cristo, nos hacemos partícipes de su Amor. Yo le decía al Señor que si me daba fuerzas, saldría de mí misma, le amaría más y también a mi gente. Al mismo tiempo, en el amor de los otros hacia mí, sobre todo en el de mi marido, descubrí el Amor desbordante del Señor. Mi familia se volcó conmigo. Mucha gente me llamó para decirme que rezaba por mí. Yo ofrecía mis dificultades por todos ellos. Así se formó un círculo de oración y de gracia”*. El amor y el sufrimiento se unen de una forma que nos resulta difícil de entender. La oración se convierte en la cadena invisible que une nuestras almas con las de los seres queridos. El dolor nos abre al dolor de los demás, nos hace más sensibles y misericordiosos. Es cierto que el dolor y el sufrimiento sin amor nos pueden aislar y bloquear. Sin embargo, el dolor unido al de Cristo, nuestro dolor elevado en el amor, adquiere otra dimensión y nos da nueva vida. *¿Cómo vivimos nosotros el dolor? ¿Cómo reaccionamos ante el sufrimiento propio o el de las personas que más queremos?*

María fue camino de santidad para Soledad. En Ella pudo descansar y recuperar sus fuerzas: *“En los momentos más duros, sólo mi Madre del cielo me ha podido ayudar. Ella, María, me ha aligerado esa carga que cae pesadísima sobre los hombros; Ella sola me ha deshecho el nudo de la garganta, y me ha hecho ver que esto es un encuentro con su Hijo, gracias al cual yo también puedo entonar mi pequeño Magnificat”*. María se convirtió en su lugar de descanso. En Ella recuperó las fuerzas y supo mirar la vida con optimismo. Alessandra Borghese, quien experimentó una profunda conversión en su vida, veía en María el lugar de descanso. Ella vivió a María en la gruta de Lourdes como la Madre que sana a los enfermos: *“María nos hace entender que la vida sin Dios no tiene sentido; que nosotros, aunque no nos demos cuenta, estamos inmersos en el amor de un Padre que nos ha creado, de un Hijo que nos ha liberado, de un Espíritu que quiere transformarnos”*⁴. María es Madre en el dolor, nos abraza como abrazó a su Hijo, nos cobija y nos eleva. En nuestro Santuario encontramos a María en el dolor. En este retiro anual queremos mirar hacia atrás para colocar en María todos nuestros dolores y cruces, nuestros sufrimientos. Ella es nuestra aliada que nos regala un remanso de paz. En Ella descansamos como los niños. Ella le da sentido a lo que aparentemente no tiene sentido. Hoy la miramos de nuevo y le pedimos que acoja todo lo que nos hace sufrir.

La cercanía de la muerte nos hace tener más ganas de vivir. Es curioso, pero es así. Lo cierto es que cuando los días parecen contados, adquirimos una forma de vivir diferente y así aprendemos a vivir el presente con toda su belleza: *“Yo pensaba, antes de la enfermedad, que la vida era un valle de lágrimas. Desde que estoy enferma, me han entrado unas ansias irresistibles de vivir, de transmitir la alegría que me da sentirme amada por el mismo Dios. Claro que ahora vivo de otra manera, pues tengo al Maestro más cerca. Le pido al Señor que me enseñe a vivir el día, sabiendo que no sé si cuento con el mañana. La respuesta, como siempre, está en el amor”*. Esta experiencia de soledad y abandono nos hace ver la vida en todo su valor y belleza. Si somos capaces de vivir el presente como un regalo, entenderemos que la vida merece la pena. Si cada día lo viviéramos como si fuera el último, muchas cosas las haríamos de forma diferente. Tenemos que aprender a vivir de tal manera que el morir sea fácil, como nos enseñaba el P. Kenterich. Con la conciencia de saber que estamos haciendo lo que Dios nos pide en cada momento.

⁴ Alessandra Borghese, “Lourdes”, 87

¿Cómo estamos viviendo el día a día? ¿Tenemos las mismas ganas de vivir que teníamos cuando éramos niños?

Desde la enfermedad aprendemos a comprender el verdadero sentido de esta vida:

“Después de tantos años de ejercicios espirituales, de meditar el Principio y fundamento, me han tenido que atar a una camilla de hospital para entender que un minuto de cansancio extremo, o de simplemente mirar el horizonte, dan gloria a Dios si se ofrecen por amor; que el objetivo de la vida no es ganar dinero, ni una vida exitosa, sino amar, amar, amar, y dejarme amar, dejarme amar, dejarme amar. Y confiar, vivir el día, vivir en cristiano, y transmitir a mi gente, en esta sociedad occidental tan triste y materializada, la alegría del Crucificado (por eso sonríe el Cristo de Javier)”. Cuando no entendemos el sentido último de la cruz en nuestra vida, cuando no aceptamos el dolor ni el sufrimiento, podemos perder la alegría y la ilusión. Amar y dejarnos amar es el único camino. Por eso en estos ejercicios queremos profundizar sobre el sentido de nuestra vida.

No podemos tener una visión triste y apagada de estos cuarenta días cuaresmales que Dios nos regala. Este retiro es una ocasión para mirar nuestra vida con los ojos de Dios.

Deseamos ver este tiempo como el tiempo en el que el anhelo de Dios crece cada día. Decía S. Agustín: *“Así Dios, difiriendo su promesa, ensancha el deseo, con el deseo ensancha el alma y, ensanchándola, la hace capaz de sus dones. Tal es nuestra vida, ejercitarnos en el deseo. Ahora bien, este santo deseo está en proporción directa a nuestro desasimiento de los deseos que suscita el amor del mundo”*. Son entonces cuarenta días en los que el cristiano se centra en el cultivo del deseo. Necesitamos ensanchar el alma para que Dios entre y se haga su dueño. De esta forma, cuando el deseo es el que orienta nuestra vida, ésta no es opaca, ni triste, ni lánguida. Al contrario, el deseo nos hace vivir con alegría e ilusión y aprovechar cada momento, llenando de color cada paso que damos.

TRES PILARES PARA VIVIR LA CUARESMA

Queremos ahora, como hacemos cada año, profundizar en los **tres pilares fundamentales que la Iglesia nos regala para vivir este tiempo de Cuaresma: La Limosna, la oración y el Ayuno**. Frente a la tentación del poder, la Iglesia nos invita a cultivar la oración para crecer en la humildad y en la dependencia de Dios. Si nos creemos todopoderosos, no necesitaremos su gracia, nos sentiremos capaces de todo sin Él. La dependencia se convierte en el instrumento que Dios nos regala para ser de verdad niños ante Dios. Frente a la tentación del poseer, la Iglesia nos invita a la limosna. Se trata de dar, no lo que nos sobra, sino aquello en lo que descansamos. Por último, frente a la tentación del placer, la Iglesia nos pide que seamos austeros y ayunemos. El ayuno es el arma que se nos regala para vencer la tentación que nos hace caer en el hedonismo, en la vida fácil, en la búsqueda constante del placer. Decía Benedicto XVI, al reflexionar sobre la Cuaresma: *“Mediante las prácticas tradicionales del ayuno, la limosna y la oración, expresiones del compromiso de conversión, la Cuaresma educa a vivir de modo cada vez más radical el amor de Cristo”*. Voy a meditar sobre cada uno de estos pilares sobre los que construir este tiempo:

1. La Limosna: *“Por tanto, cuando ayudes a los necesitados no lo publiques a los cuatro vientos, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles para que la gente los elogie. Os aseguro que con eso ya tienen su recompensa. Tú, por el contrario, cuando ayudes a los necesitados, no se lo cuentes ni siquiera a tu más íntimo amigo. Hazlo en secreto, y tu Padre, que ve lo que haces en secreto, te dará tu recompensa”*. La limosna es la ayuda a aquel que padece cerca de nosotros, es la misericordia hacia los que tienen hambre y buscan consuelo. Estamos inmersos en una terrible crisis económica. Muchos han perdido su trabajo y no encuentran salida. Otros tienen grandes dificultades para salir adelante y llegar a fin de mes. En esta situación tan difícil, sin embargo, el deseo de poseer, de tener cada vez más y de buscar continuamente las seguridades, aumenta. Dice Benedicto XVI: *“En nuestro camino también nos encontramos ante la tentación del tener, de la avaricia de dinero, que insidia el primado de Dios en nuestra vida. El afán de poseer provoca violencia, prevaricación y muerte”*. Así lo vivimos en este tiempo de tanta violencia en países de África. Países con muchos recursos y mucha hambre entre sus habitantes. Riqueza mal distribuida. Países donde reina el odio y la desesperación, la guerra y la muerte de inocentes. Esta Cuaresma nos invita a la generosidad con nuestros bienes, al desprendimiento, a ver la necesidad de tantos que viven con hambre cerca de nosotros. *¿Cuál es nuestra limosna en este tiempo, nuestra ayuda al más necesitado?*

No sólo hablamos del hambre material, también y cada vez con más frecuencia, hay más hambre espiritual junto a nosotros. Hay muchas personas que viven solas y abandonadas. La soledad, unida a la depresión, hace que muchos vivan sin esperanza, sin paz y sin deseos de seguir viviendo. Hay personas que no conocen el amor y tienen sed de Dios, sed de eternidad. El hambre de Dios, muchas veces no manifiesta, es un grito del mundo en que vivimos. Estamos llamados a dar aquello que Dios nos ha dado. Dios nos ama y el mundo no lo sabe porque no lo ha conocido a Él. No basta con repetirlo como una muletilla, es necesario que el hombre experimente el amor en su vida para entender que Dios lo ama. A Dios se le conoce en aquellos que aman y entregan su vida con humildad.

En ocasiones creemos que dar limosna se reduce sólo a dar algo de aquello que nos sobra, a entregar más dinero para los pobres en cada colecta, a dar algo para solucionar problemas reales que parecen no tener salida. Todo esto es fundamental, pero hay algo más: La limosna es el amor que tenemos que dar y que con frecuencia nos guardamos. Decía Máximo Confesor *“El que, renunciando de corazón a las cosas de este mundo, se entrega a la práctica de la caridad con el prójimo, pronto se hace partícipe del amor y conocimientos divinos”*. Nuestro amor concreto en la necesidad del pobre, nos acerca a Dios y nos hace más semejantes a Cristo. Sin embargo, la ausencia de gestos de cariño, que no prodigamos por pudor o egoísmo, es lo que nos distancia de Dios, que es amor. Es el tiempo que

malgastamos y no reservamos para aquellos que más requieren nuestra compañía y amor sincero, es nuestro tiempo peor invertido. Pidámosle a Dios que los propósitos de limosna pasen por preguntarnos: *¿Quiénes son aquellos que más necesitan nuestro amor?* No Hay que ir muy lejos, basta con volver la mirada hacia el interior de nuestra familia, mirar nuestro círculo de amigos y conocidos. La caridad es el distintivo de la Cuaresma que se nos regala.

2. La Oración: *“Cuando oréis, no seáis como los hipócritas, a quienes les gusta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que la gente los vea. Os aseguro que con eso ya tienen su recompensa. Pero tú, cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora en secreto a tu Padre. Y tu Padre, que ve lo que haces en secreto, te dará tu recompensa. Y al orar no repitas palabras inútilmente, como hacen los paganos, que se imaginan que por su mucha palabrería Dios les hará más caso. No seáis como ellos, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis aun antes de habérselo pedido”*. La oración tendría que ser lo central en nuestra vida de cristianos. Porque, sin un profundo apego a Dios, sin un vivir anclados en el corazón del Padre, nuestra vida se convierte en tierra árida y seca. No obstante, el verdadero cambio no tiene lugar hasta que la oración deja de ser una obligación y se convierte en una necesidad. Cuando Dios está presente constantemente en el alma nos vamos asemejando a Él en la fuerza del amor. Decía S. Agustín: *“El hombre es lo que ama”*. Cuanto más vivimos en Dios, cuanto más amamos su rostro, más reflejaremos su luz. Nos dice Benedicto XVI: *“La oración nos permite también adquirir una nueva concepción del tiempo: de hecho, sin la perspectiva de la eternidad y de la trascendencia, simplemente marca nuestros pasos hacia un horizonte que no tiene futuro”*.

Cuando somos hombres de oración, por el contrario, somos capaces de elevarnos sobre la temporalidad de nuestra vida, sobre los problemas e inquietudes de cada momento. La perspectiva de la eternidad lo cambia todo, cambia nuestra mirada. Hace poco me tocó hablar con una persona enferma de cáncer. Me alegró ver su actitud para enfrentar una situación tan difícil. Miraba el presente con mucha libertad y sabía que la eternidad era su próximo destino. Me decía: *“Ahora encuentro que tengo mucho más que aportar. Dios, a través de la enfermedad, me ha puesto en contacto con personas que viven su enfermedad sin esperanza. Cuando voy a las revisiones, puedo animar a otros a vivir su cruz con una sonrisa”*. Cuando vivimos la vida con esta conciencia de la muerte, todo cambia.

Necesitamos el silencio para encontrarnos con Dios y que nos enseñe a vivir de verdad. Añade el Papa: *“En la oración encontramos, en cambio, tiempo para Dios, para conocer que «sus palabras no pasarán» (cf. Mc 13, 31), para entrar en la íntima comunión con él que «nadie podrá quitarnos» (cf. Jn 16, 22) y que nos abre a la esperanza que no falla, a la vida eterna”*. Pero no consiste en aumentar el número y duración de nuestras prácticas religiosas. Va más allá. Hablamos de una oración de calidad. Importa más la calidad que el tiempo. Aunque es cierto que tenemos que invertir mucho tiempo para que haya momentos profundos de encuentro con Dios. Queremos vivir en Dios todo el día, a todas horas. Es el don que imploramos en esta Cuaresma: descansar en Aquel que nos da la vida verdadera.

La oración es un camino y tenemos que aprender a recorrerlo paso a paso. El otro día leía un texto que ilustra bien el sentido de nuestro vivir en Dios, la razón de nuestra oración: *“La experiencia demuestra que, para orar bien, para llegar a ese estado de oración en el que Dios y el alma se comunican profundamente, es preciso que el corazón esté herido. Sólo a costa de una herida puede descender la oración al corazón y morar en él. Sin esta herida de amor, nuestra oración no será nunca más que un ejercicio espiritual. La herida hace de nosotros unos seres marcados por Dios para siempre, unos seres que no pueden tener otra vida que la vida de Dios en ellos. A fin de cuentas, la oración consiste sobre todo en mantener abierta esta herida de amor y evitar que se cierre”*⁵. A veces creemos que rezamos para contentar a Dios, pensando que Él nos va a agradecer nuestra dedicación. Tal vez buscamos los momentos de oración para encontrar la paz que nos falta, para descansar por fin, para no pensar. Otras veces nos gustaría obtener frutos palpables en la oración, nos gustaría salir renovados o cargados de nuevos propósitos y buenas

⁵ Jacques Philippe, "Tiempo para Dios"

intenciones. Sin embargo, en el texto que hemos leído, vemos otra perspectiva de la oración: las heridas.

Y a nosotros no nos gustan las heridas. No queremos saber nada de nuestras heridas. Las tapamos para no verlas más. Nos duele lo imperfecto y lo incompleto. Sabemos que estamos heridos y queremos vivir casi como si no nos doliera. Nos ponemos caretas para disimular el dolor. Nos presentamos ante Dios sanos y salvos, sin llagas, como pensando que a Él no le gustan nuestras heridas. El otro día leía la crítica sobre una película, *"Incendies"*; en ella no se distinguen entre hombres buenos y malos. Todos son hombres heridos, susceptibles de ser redimidos. Todos estamos heridos, esa verdad nos hace más libres. Nos gustaría ver a un Jesús resucitado sin esas llagas que tanto dolor nos causan, sin la herida de la lanza en su costado abierto. Sin tener que tocar sus manos perforadas. Nos imaginamos a un Cristo salvador perfecto y ya sano. Esas heridas en Él nos resultan dolorosas. No porque pensemos que a Él le duelen. No, no es ése el motivo. Nos asusta pensar que nuestras heridas tienen que permanecer abiertas. Siempre creemos que las heridas, una vez limpias, es necesario que cierren para que cicatricen. No, no es el camino. Si cierran cerraremos la puerta por la que Cristo nos penetra. Si cierran nos esconderemos en nuestra torre de perfección y nos creemos salvados antes de haber entregado nuestra debilidad. Las heridas nos hacen frágiles y no nos gusta la fragilidad. Nos hacen misericordiosos al ver nuestra propia miseria, nuestra pequeñez.

Si la oración es el camino para que las heridas no lleguen a cerrarse, cambia la perspectiva. Si rezamos no para sanar, sino para que la herida supure, todo es diferente. Si lo hacemos así, podremos mostrarnos ante Dios tal y como somos, sin miedo por llegar llenos de barro, con nuestro pecado y nuestras caídas, con nuestra impureza y nuestra falta de amor. Dejaremos de pensar que Dios busca nuestra perfección, en realidad busca nuestras heridas abiertas y supurando. Sí, esas mismas heridas que nos hacen vivir la vida con dolor, esos tropiezos que no nos perdonamos, esas ofensas que no perdonamos a otros, esas injusticias que no acabamos de aceptar en el corazón. La oración es verdadera cuando nos presentamos ante Dios vestidos de nuestra pobreza, con el traje sucio de nuestra debilidad, con los gestos de nuestro orgullo herido. Sí, son nuestras heridas las que nos identifican, porque en ellas Cristo se hace fuerte. Pero no es fácil, tendemos a cerrar las heridas y corremos entonces el riesgo de que permanezcan infectadas. Cuando las tapamos pretendiendo olvidarlas, tarde o temprano vuelven a manifestarse. Si las dejamos abiertas y permitimos que el veneno salga, Cristo entrará con su gracia y nos liberará de lo que nos ata. Nuestras heridas son bellas para Dios, como el cuerpo llagado de Cristo en las manos de María. María besó sus heridas como besa hoy las nuestras. Nos abraza sucios y llenos de sangre. Nos quiere en nuestra fealdad aparente. Es bella la sangre de Cristo muerto, su cabeza ensangrentada, su costado abierto, su cuerpo lacerado. Es bello aquello que el corazón desprecia con miedo. El concepto que tiene Dios de la belleza es sorprendente. Abraza a los leprosos, espera a los ensangrentados y acoge con corazón de madre a los que caminan desolados. Nuestras heridas le parecen bellas, las más bellas. Queremos entonces aprovechar esta Cuaresma para aprender a rezar con nuestras heridas abiertas. Sin miedo, sin tapar nada, sin ocultar lo más auténtico que tenemos. Dios nos conoce.

3. El Ayuno. *"Cuando ayunéis, no pongáis el gesto compungido, como los hipócritas, que aparentan aflicción para que la gente vea que están ayunando. Os aseguro que con eso ya tienen su recompensa. Pero tú, cuando ayunes, lávate la cara y arréglate bien, para que la gente no advierta que estás ayunando. Solamente lo sabrá tu Padre, que está a solas contigo, y él te dará tu recompensa, riquezas en el cielo. (...) Porque donde esté tu riqueza, allí estará también tu corazón."* Mt 6,2-19. Éste es el ayuno que necesita nuestra alma. El ayuno que nos libere de nuestros apegos. Y, sin embargo, muchas veces comprobamos que el mundo nos ata demasiado. Este año nos dice Benedicto XVI: *"Haciendo más pobre nuestra mesa aprendemos a superar el egoísmo para vivir en la lógica del don y del amor; soportando la privación de alguna cosa – y no sólo de lo superfluo – aprendemos a apartar la mirada de*

nuestro «yo», para descubrir a Alguien a nuestro lado y reconocer a Dios en los rostros de tantos de nuestros hermanos”. Nos rendimos ante las cosas de este mundo que son pasajeras y se pierden en el tiempo. Decía S. León Magno: “Nuestro ayuno ha de consistir mucho más en la privación de nuestros vicios que en la de los alimentos”. Y nosotros, año tras año tendemos a lo mismo. Caemos en la tentación de otras veces: renunciamos al chocolate, a la coca-cola, al alcohol y con eso nos conformamos. Renunciamos a los pequeños caprichos de cada día y nos alegramos al pensar que perderemos esos cuantos kilos que nos sobran. Pensamos que el mayor sacrificio es no comer y privarnos de nuestros gustos principales. Y está bien, es cierto, es bueno que nos privemos de este tipo de cosas. En realidad es fantástico renunciar a cosas que son buenas en sí mismas. La privación de lo que hacemos con gusto nos educa, nos hace más libres y disciplinados, más abiertos a la gracia. No obstante, tenemos que mirar, rezar y ver con sinceridad dónde estamos apegados de forma desordenada, en qué aspectos de nuestra vida tenemos que ejercer con claridad la renuncia y el ayuno. Es bueno meditar sobre las tentaciones que más nos cuesta resistir, mirar con sinceridad dónde nos pesa más el alma. Sólo así estaremos cortando el hilo o la cadena que no nos deja volar en libertad. Sólo así estaremos dejando que este tiempo sea un tiempo de conversión en nuestra vida.

Por otra parte, tenemos que ayunar alegremente de ciertas cosas para celebrar con gratitud otras actitudes. Queremos ayunar de juicios y críticas, para celebrar la belleza de Dios que se esconde en cada corazón; queremos ayunar de las tinieblas de la tristeza, para compartir con paz la alegría de vivir; queremos ayunar de la ira y la rabia, y celebrar cada día el abrazo que nos une a quienes amamos; queremos ayunar de preocupaciones que nos quitan la ilusión de vivir y la paz para afrontar el futuro, y celebrar con gozo que Dios conduce nuestra vida; queremos ayunar de prisas y agobios, de ruidos y gritos, y celebrar el silencio y la serenidad en las manos de María; queremos ayunar de buscar siempre las diferencias con los demás, y celebrar que hay tantas cosas que nos unen; queremos ayunar de rebeldías y desobediencias, y celebrar con docilidad la voluntad de nuestro Padre que nos quiere con locura. Ayunamos para celebrar, renunciamos para vivir en la abundancia que Cristo nos da.

Vivimos un tiempo de crisis económica y de valores. Las tensiones de la vida hacen más patente la crisis que vive el hombre de hoy. Una crisis que se da en muchos planos, en el económico, en el familiar, en el personal. Nos toca aprender a enfrentar las crisis. Cristo y María nos ayudan a caminar con sentido en medio de las dificultades y crisis que nos acechan. Einstein hablaba así de las crisis: “*Quien supera la crisis se supera a sí mismo sin quedar 'superado'.* Sin crisis no hay desafíos, sin desafíos la vida es una rutina, una lenta agonía. Es en la crisis donde aflora lo mejor de cada uno, porque sin crisis todo viento es caricia. Hablar de crisis es promoverla, y callar en la crisis es exaltar el conformismo. En vez de esto, trabajemos duro. Acabemos de una vez con la única crisis amenazadora, que es la tragedia de no querer luchar por superarla”. Estas palabras son las que expresan muy bien la actitud que tenemos que tener ante las dificultades, al confrontarnos con la cruz y la enfermedad. Soledad supo ver en la enfermedad un trampolín hacia lo más alto. Ante las crisis es necesario mirar hacia delante, mirar con la mirada de Dios y de los niños que saben confiar. Es necesario confiar en que Dios sostiene nuestra vida y sigue trabajando mientras nosotros aprendemos a relajarnos y a descansar en sus manos. Recordaba una historia de un oso que me llegó hace poco. Un oso se cayó por un puente y quedó colgando del mismo, pudiendo refugiarse en un hueco del puente. No podía hacer nada para solucionar el problema y se quedó dormido. La policía trabajó, echó una red y logró hacer que el oso cayera en ella. De esta forma lo bajó hasta tierra y el oso salió caminando feliz. La moraleja que nos queda es que hay muchos problemas y situaciones complicadas que nosotros no podemos resolver. Podemos estar toda la noche en vela y no habremos adelantado nada. Tal vez en esos casos sólo podemos relajarnos y dormir. Seguro que Dios va a lograr lo que nosotros con nuestro esfuerzo no logramos.

2ª Charla: tiempo para “reedificar” nuestra vida personal y familiar

1. Algunos cimientos que hacen vacilante el edificio:

a. La actitud ante nuestra miseria personal:

Muchas veces nos resulta difícil enfrentarnos con nuestra propia miseria personal. Hablamos mucho de la libertad interior frente a lo que somos, pero no siempre crecemos en este aspecto. Tenemos que aprender a pasar por alto muchas de nuestras debilidades y defectos. Es necesario aceptar que nuestros cimientos humanos se vengán abajo, para poder construir sobre tierra firme. No obstante, con frecuencia no sabemos manejar esta realidad de nuestra vida. Sabemos, con San Pablo, que sólo somos fuertes si nos reconocemos débiles. Pero no es tan fácil llevarlo a la vida, el corazón se resiste a aceptar lo que no brilla, lo que no es perfecto. Tenemos un afán de valer de carácter compulsivo. Decía el P. Kentenich: *“El individuo tiene en esos casos una personalidad marcada por la estrechez. Sufre un terrible miedo de ser subestimado. Procurad que estas personas coloquen más en el centro de su mira a Dios, su Reino y su valor. Veréis con qué rapidez se alivian los estados de angustia. La audacia de la infancia espiritual es un remedio directo para procurar esta curación. El hijo gira en torno al Padre y no alrededor de sí mismo”*⁶. La infancia espiritual es el camino para entender que Dios nunca nos subestima. Él nos conoce en nuestra miseria, besa nuestras heridas, se alegra de nuestra impotencia. Él sabe que no podemos hacerlo todo y se alegra porque nuestra dependencia despierta su paternidad. Su amor incondicional nos relaja. El P. Kentenich nos invitaba a *“nadar siempre en las misericordias de Dios”*. No tenemos necesidad de demostrar nuestro valor, porque Dios es misericordioso y nos abraza en nuestra debilidad asumida y entregada. Para Dios somos los hijos más valiosos.

En nuestra debilidad somos valiosos, tenemos un tesoro escondido en el alma. Somos hijos de un Rey y eso no se nos puede olvidar. Aunque a veces, como dice S. Francisco de Sales, podemos caer en el desánimo no sintiéndonos amados por Dios. Dice este santo que el alma: *“Piensa que entre sus defectos, sus distracciones y su frialdad, nuestro Señor lanza este reproche: ¿Cómo puedes decir que me amas, si tu alma no está conmigo? Ese dardo de dolor atravesando su corazón es un dardo de dolor que procede del amor, pues si ella no amara, no le afligiría el temor que tiene de no amar”*⁷. La miseria puede hundirnos y puede que nos sintamos abandonados por Dios. Es el sentimiento del propio desprecio que sentimos hacia nosotros mismos. No nos aceptamos en nuestra debilidad. Se nos olvida un pensamiento que reproduce Jacques Philippe: *“¡A veces, Dios nos hiere más eficazmente dejándonos en nuestra pobreza que sanándonos! En efecto, Dios no pretende tanto hacernos perfectos como unirnos a Él. Cierta perfección (según la imagen que solemos hacernos de ella...) nos haría autosuficientes e independientes; por el contrario, estar heridos nos vuelve pobres pero nos pone en comunicación con Él”*⁸. Nos avergonzamos de nuestras caídas y nos sentimos culpables por todo lo que nos resulta. Cuando somos pobres, sin embargo, estamos más unidos a Él. En esos momentos necesitamos escuchar un pensamiento tomado de la última película de Narnia: *“Dudas de tu valía, no renuncies a ser quien eres. Recuerda que las cosas extraordinarias le pasan a las personas extraordinarias”*. Muchas veces dudamos de nuestra valía, nos sentimos demasiado pequeños y no sabemos alegrarnos con la vida que Dios nos regala. No pensamos que

⁶ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 259

⁷ S. Francisco de Sales, “Tratado de Amor de Dios”, Libro VI, cap. 15

⁸ Jacques Philippe, “Tiempo para Dios”

somos de verdad extraordinarios. Esta verdad la olvidamos. Sentimos que no valemos mucho. Dudamos demasiado y nuestra autoestima se resiente con mucha facilidad. Ante cualquier crítica o rechazo nos venimos abajo. El alma se llena de nubes y tristeza. Ante nuestras debilidades y caídas tenemos ciertas actitudes que nos acaban quitando la paz y no nos ayudan. Pero no sólo ante nuestra debilidad, sino también ante la debilidad de los que nos rodean. Lo cual nos convierte en jueces de las actitudes de los demás y nos lleva a despreciar al que cae, al que no es perfecto.

El P. Kentenich nos invita a vivir con actitud positiva las debilidades del día a día. De esta forma llegaremos a ser más misericordiosos con nosotros mismos y con los demás. El P. Kentenich señalaba algunos de los peligros a la hora de enfrentarnos con nuestra miseria:

El asombro: nos asombramos cuando experimentamos nuestras caídas y debilidades como una realidad terrible de nuestra vida. Asombrarse no es algo malo. Sin embargo, cuando nos asombramos por nuestras caídas, el asombro expresa sorpresa e incompreensión. Nos quita la luz y la esperanza. No entendemos cómo hemos podido caer, cómo hemos tocado fondo. No aceptamos la debilidad propia. Los cimientos caídos de nuestra vida nos provocan desazón. Este asombro no es tan sano porque nos hunde. Nos quita la paz y nos impide avanzar. En lugar de asombrarnos tenemos que aceptar como algo natural nuestras caídas, porque somos débiles y sin la fuerza de Dios todo resulta imposible. De esta forma volveremos a Dios con más naturalidad para empezar de nuevo, sin miedo.

La costumbre: es otro riesgo y tiene lugar cuando nos acostumbramos a la debilidad y al pecado. Nos dejamos llevar por la vida y su inercia y desconfiamos de los cambios. No es que nos guste el pecado, simplemente no creemos que la mejora sea posible. Pensamos que el pecado es inevitable, lo cual es cierto, y deducimos que sólo podemos seguir tal y como estamos, sin necesidad de luchar por cambiar. De esta forma no nos esforzamos, porque no queremos caer en el voluntarismo. Pensamos que el desorden debe ser el estado natural del ser humano y evitamos la disciplina, al verla como algo del pasado. La costumbre es un engaño. Acostumbrarnos a no avanzar nos acaba empobreciendo. El camino supone no permanecer quietos sino empezar a luchar siempre de nuevo después de cada caída.

La confusión: otro peligro es confundirnos. El pecado y la debilidad pueden generar confusión en el alma. Nos quedamos aturridos sin saber reaccionar. La confusión nos mantiene anclados en el pecado al no saber qué camino seguir. Al confundirnos dejamos de ver con claridad hacia dónde vamos. Dejamos de encendernos con nuestros ideales: ideal matrimonial, ideal personal, ideal de grupo. Dejamos de soñar y aspirar a lo más alto porque no nos vemos capaces. Dejamos de luchar y nos damos por vencidos, nos conformamos. La confusión nos hace pensar que no hay salida. El camino es hacer que brillen ante nosotros los ideales de nuevo. Se nos exige entonces renovar nuestro ideal personal y matrimonial, nuestro examen particular, nuestros propósitos y anhelos.

El desánimo: nos desanimamos cuando no creemos que haya progresos ni una solución posible para nuestro caso. El desánimo se alimenta cuando se pierde la fe. Dejamos de creer en el poder de Dios y nos hundimos. Es la falta de esperanza la que se apodera de nosotros. En esos momentos perdemos la alegría y el deseo de seguir luchando. El desafío es grande, supera nuestras fuerzas y amenaza con derribarnos. Pero siempre pesa más la misión que las fuerzas del misionero. Se trata de hacer siempre la voluntad de Dios, sin caer en el desánimo. Decía el P. Kentenich: *“No pretendamos acomodar la voluntad del Padre a nuestro gusto. Al contrario, para el hijo la voluntad del Padre es la medida de todas las cosas”*⁹. Cuando miramos así nuestra vida aprendemos a confiar. Porque en muchos momentos podemos creer que es imposible luchar más. El desánimo nos conduce a la tristeza y la tristeza no

⁹ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 206

nos deja actuar. Por eso tenemos que recuperar rápidamente la alegría y las ganas de seguir creciendo.

¿Cuáles son los desórdenes que no nos dejan luchar? ¿Cuándo hemos vivido confundidos, desanimados, asombrados o acostumbrados ante nuestras caídas y debilidades?

Frente a estos peligros estamos llamados a ser un milagro de la paciencia, de la humildad y del amor filial. Somos un **milagro de paciencia** cuando creemos en los cambios y en el crecimiento personal. La paciencia está unida a la paz. Cuando tenemos paz es más posible ser pacientes con nosotros mismos y con los demás. La paciencia es un don que hay que pedir cada día. La paciencia resiste en la tormenta y ante las dificultades. Pero nosotros queremos que todo ocurra rápidamente, nos impacientamos y buscamos resultados inmediatos. Un chiste ilustra muy bien lo que nos pasa: *“Señor, regálame paciencia. Pero, Señor, ¡regálamela ya!”*. La verdad es que en lugar de paciencia lo que Dios permite en nuestra vida son ocasiones para probar la paciencia, para crecer en ella. Es lo que tenemos que pedir, oportunidades para crecer. La enfermedad, los contratiempos, los cambios de planes, las caídas, son ayudas en este crecimiento personal. El ejercicio de la paciencia en estas ocasiones nos ayuda a ser más pacientes.

Queremos ser un **milagro de humildad**. La humildad pasa por reconocer nuestra condición de hijos y de niños dóciles. Somos humildes cuando reconocemos nuestra pequeñez y miseria. Cuando no pretendemos ser más de lo que somos. Cuando estamos dispuestos a aceptar que los demás nos traten de acuerdo con nuestra fragilidad. Cuando aceptamos nuestra verdad y nuestros límites. Al igual que con la paciencia tenemos que pedirle a Dios ocasiones que nos hagan más humildes, más que pedirle el don de la humildad. Cuando experimentamos el fracaso, el rechazo, o sentimos que no cuentan tanto con nosotros ni nos valoran, son oportunidades que nos da Dios para hacernos más humildes. Es un camino que tenemos que recorrer porque la humildad nos acerca a Dios y a las personas. El orgullo y la vanidad nos aíslan, nos hacen autosuficientes. La humildad nos hace cercanos con los necesitados, misericordiosos con los que han caído.

Por último queremos llegar a ser un **milagro de amor filial**. Se trata del amor de los niños que confían y no temen nada. Queremos crecer en esta intimidad con el Dios de nuestra vida. Queremos hacernos niños para aprender a confiar. Decía el P. Kentenich: *“Que los medios para alcanzar una gran intimidad en nuestro amor filial sean la meditación de las misericordias divinas y la oración constante, dirigida especialmente a María, para que Ella nos envíe el Espíritu Santo”*¹⁰. Es el milagro de la confianza que lleva al abandono en las manos de Dios. Él conduce nuestra vida como un padre lleno de misericordia. Esa verdad tenemos que grabarla en el alma para no caer nunca en la desconfianza y en la inseguridad. En oración entregamos todo lo que nos inquieta. El niño está seguro porque sabe que su vida la tiene su padre en sus manos. En el barco en medio de la tormenta el niño sonríe porque sabe que el timón lo lleva su padre que es el capitán. Así queremos vivir siempre, sabiendo que Dios, nuestro Padre, es el que dirige y cuida nuestros pasos.

b. Nuestras heridas personales y familiares

Es nuestra historia la que ha dejado nuestra alma herida. Nuestras relaciones, nuestros amores, los sinsabores y fracasos. El amor que dimos y el que recibimos. El amor que no fue como esperábamos, las relaciones que no resultaron como hubiéramos querido. No es fácil tocar nuestras heridas y ponerles un nombre. Las heridas nos han dejado débiles y cansados. Esas heridas las tenemos a veces tapadas. Nos avergonzamos de ellas. O

¹⁰ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 233

pensamos que ya están curadas, pero, de repente, vuelven a sangrar. Por eso reaccionamos mal tantas veces. Por eso sentimos dolor en ocasiones sin entender muy bien su origen. ¿Qué tenemos que hacer con nuestras heridas? Sabemos que la herida es el lugar por el que Dios entra en el alma. Decía Jacques Philippe: *"Por supuesto, cuando se nos revela, El señor trata de sanarnos: sanarnos de nuestras amarguras, de nuestras faltas, de nuestras culpas verdaderas o falsas, de nuestra dureza, etc. Lo sabemos, y todos aguardamos esa curación; pero importa comprender que, en cierto sentido, busca más herirnos que curarnos. Hiriéndonos cada vez más profundamente, nos proporciona la verdadera curación"*¹¹. No lo entendemos del todo. Creemos en un Dios que sana, no en un Dios que hiere más profundamente. Hemos oído hablar de un Dios bondadoso que todo lo cura, no de un Dios que hiere en el alma. En realidad, Dios nos acoge heridos, pero su amor nos acaba hiriendo profundamente. Su mano nos marca para que no podamos alejarnos de nuevo. Así lo describe S. Juan de la Cruz en su poema *"Llama de amor viva"*. Es esa mano de Dios que hiere el alma: *"¡Oh llama de amor viva que tiernamente hieres de mi alma en el más profundo centro! Pues ya no eres esquiva acaba ya si quieres, ¡rompe la tela de este dulce encuentro! ¡Oh cauterio suave! ¡Oh regalada llaga! ¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado que a vida eterna sabe y toda deuda paga! Matando, muerte en vida has trocado"*. Es la mano de Dios que con su amor nos hiere. Pero nos hiere para hacernos propiedad suya, para que no podamos escapar de su mirada, para que no queramos prescindir de un amor que lo llena todo.

Hoy venimos a la soledad del retiro con nuestras heridas. Las antiguas, aquellas que a veces casi no recordamos y las nuevas, las que han llegado a lo largo de este año. Nos cuesta ver la herida abierta, la herida que busca curación. Las heridas han sido provocadas por la vida. Cuando miramos hacia atrás vemos las llagas que tantas veces nos incomodan. Nos gustaría vivir sin heridas. Pero no es posible. Al mirar el corazón somos capaces de ver esas heridas que nos quitan con frecuencia la paz y la fuerza para luchar. ***¿Cuáles son nuestras heridas? ¿Dónde la vida nos ha dejado peor parados? ¿Qué hacemos con las heridas?*** El retiro nos sirve para agradecer la vida y también para poner en manos de Dios las heridas que traemos. Las antiguas y las nuevas. Las miramos con misericordia, las tocamos con humildad y las ofrecemos porque son el camino que Dios tiene para encontrarse con nosotros en lo más profundo del corazón. No queremos que se cierren, queremos dejar la puerta abierta para que Cristo pueda entrar y quedarse con nosotros.

Hay heridas que nos pesan en el alma y que han sido causadas por nuestros propios errores y caídas. Entonces la culpa se introduce en nuestro interior y nos quita la paz. El sentimiento de culpa puede ser destructivo. Nos hace sentirnos terriblemente pecadores y nos aleja de Dios que es perfecto. La culpa no asumida es un veneno que se introduce en la herida. El remedio eficaz para eliminarla de nuestra vida es el arrepentimiento. Decía el P. Kentenich: *"Un arrepentimiento genuino y verdadero es una fuerza sanadora y santificadora. (...) No sólo aparto mi voluntad del error sino que, al mismo tiempo, abrazo con gran fervor el bien que había negado"*¹². A través de la confesión profundizamos en este misterio del arrepentimiento. Este sacramento nos da la gracia para hacernos como niños confiados. Por eso es tan sanador el sacramento de la confesión. Nos hace nacer de nuevo. Abrazando el bien negado crecemos y no nos hundimos en la culpa. Si nos hacemos como niños miraremos el pecado con humildad y sabiendo que sólo en la fuerza de nuestro Padre podemos crecer y avanzar en el amor de Dios.

¹¹ Jacques Philippe, "Tiempo para Dios"

¹² J. Kentenich, "Niños ante Dios", 235

c. El desarraigo y la soledad

Estamos desarraigados y nos cuesta vivir sin un hogar en el que descansar cada día. ¿Dónde están nuestras raíces? ¿En qué corazones podemos descansar? El desarraigo es la enfermedad del hombre de hoy que viven en soledad. Se experimenta sin hogar, sin techo. Huye de sí mismo buscando una tierra segura. No sabe bien dónde descansar. El hombre de hoy vive solo. Experimenta el rechazo y la falta de amor. Tiene que tener más para ser más, tiene que ser más para ser amado. En la soledad experimenta el abandono. No se siente amado en su debilidad, por el contrario, se sabe rechazado. ¡Hay tanta soledad a nuestro alrededor, tantas experiencias de desarraigo! Decía el P. Kentenich: *“Evidentemente el hombre de hoy ya no está vinculado a un nido, vale decir, siente la necesidad instintiva de tener un nido, pero ya no lo tiene. Ese instinto primario de tener un nido no ha sido satisfecho, de ahí su desamparo, su carencia de cobijamiento”*¹³. La falta de nido hace que el hombre viva sin un seguro, sin sostén, sin la paz que necesita.

Todos experimentamos de alguna manera este desarraigo en nuestra vida. Necesitamos echar raíces en corazones, en un hogar para poder descansar. Tenemos que aprender a estar a gusto con nosotros mismos y en soledad. Porque es precisamente en la soledad donde podremos descansar de verdad. Hoy, sin embargo, nos cuesta estar en paz y a gusto con nosotros mismos. Nos incomoda la inactividad, el silencio y el aparente vacío de la falta de acción. Nos aburrirnos fácilmente y huimos de esa paz que nos intranquiliza. Preferimos el ruido y la actividad frenética. No soportamos una agenda vacía, porque nos sentimos culpables por nuestro ocio; si no tenemos nada que hacer nos inventamos algo, para no estar inactivos, para sentirnos importantes y necesarios. El móvil, el ordenador, la música, las películas, las series, las redes sociales llenan nuestra soledad, en definitiva, nuestro vacío. Así ya no nos sentimos tan solos, nos encontramos acompañados, es como si tuviéramos muchos amigos. Sin embargo, no es verdad, el vacío continúa en el alma. Si no aprendemos a vivir con nosotros mismos, no aceptaremos a Dios en nuestra vida. Tenemos que dejar que Dios ocupe la soledad del corazón. Tenemos que suplicarle a Dios que se introduzca en nuestro ser y calme nuestra insatisfacción permanente. Tenemos que invitarle a Él a descansar en nuestra vida y llenar así el vacío.

d. El sentido de la cruz y el sufrimiento

¿Cómo es posible entender sentido del sufrimiento y de la cruz en nuestra vida? Mucha gente nos pregunta a los sacerdotes por el sentido último de la cruz. Nos lo preguntan buscando respuestas que convenzan. ¿Cómo se entiende todo el sufrimiento de Japón? ¿Tantas víctimas, tanto terror ante el pánico nuclear? ¿Cómo entender la muerte de tantos inocentes como consecuencias de las guerras y la violencia? ¿Cómo se puede entender todo esto? Cuando Jesús nos dice: “Pedid y se os dará”, ¿qué quiere decir exactamente? Ante circunstancias como las que estamos viviendo el corazón se queda sin respuestas. ¿Cuál es el sentido de todo esto? Difícil comprenderlo. Ya hemos hablado en otras ocasiones de un término que vuelve a salir a la luz, la llamada Resiliencia. Es un concepto novedoso dentro de la psicología, que se refiere a la capacidad del ser humano de reponerse a la adversidad. Ante las dificultades, es el camino para crecer y dar un salto de madurez. El pueblo japonés se enfrenta hoy al desafío de mantener el equilibrio aún cuando se encuentran atravesando una experiencia traumática. Esa gran cruz es igual de difícil de entender que la cruz más pequeña en nuestra vida. Esas cruces pequeñas que pesan y nos duelen. Hace poco una persona me decía: *“Tengo que pedirle a Dios todos los días, que me de la gracia para aceptar las cruces siempre con confianza. Es decir, vivir de verdad la actitud del Poder en Blanco. Sabiendo que*

¹³ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 244

Él está detrás de todo, que muchas veces lo que pedimos no es lo que nos conviene y que otras veces no salen las cosas que pedimos porque Dios respeta la libertad de las personas, pero que Él siempre está ahí, nos escucha y nos quiere, y sabe sacar cosas buenas de cosas malas". Aunque no entendamos, aunque el corazón se rebele con razón contra el daño que nos parece innecesario. El mal siempre nos despierta rechazo.

Lo cierto es que generalmente le pedimos a Dios cosas buenas. Y entonces, si Dios lo puede todo, ¿por qué no lo hace todo? ¿Por qué no cura a todos y salva a todos? No acabamos de entender a Dios y sus planes ocultos. Muchas cruces quedarán sin explicación y tal vez en el cielo las comprendamos. Un niño me decía hace poco que le iba a preguntar a Jesús por qué los animales veían en blanco y negro. Seguro que nosotros llegaremos al cielo cargados de dudas y preguntas, como los niños, algunas sencillas, otras más difíciles. En la tierra, sin embargo, tendremos que conformarnos muchas veces con la oscuridad de nuestro caminar. Habrá muchos puntos inconexos que no encontrarán conexión en nuestra vida. Tal vez otros sí. Pero lo importante es que Dios camina con nosotros, nos sostiene en la cruz, nos da la fortaleza y acepta nuestros pataleos cuando no entendemos nada. Decía el P. Kentenich: *"No habría que tratar de calmar demasiado rápidamente a los que cargan con una cruz. Dejemos que primero se desahoguen con Dios y derramen ante Él sus lágrimas; no los apabullemos con un montón de razones por las cuales, a nuestro parecer, deberían consolarse"*¹⁴. Tenemos derecho a rebelarnos, a llorar ante Dios, a enfadarnos con Él por no comprender nada. Necesitamos asumir el dolor con la actitud de un niño. De esa forma llegaremos a besar la cruz y a repetir en el corazón las palabras de Jesús: *"Padre, que no se haga mi voluntad sino la tuya"*. Dios nos conforta y nos hace capaces de abrazar con paz las dificultades del camino, las cruces que no comprendemos. Nos abraza como niños y nos muestra el camino.

2. Construimos sobre roca cuando hundimos nuestras raíces en la vida de Cristo

La roca de nuestra vida es Cristo. Si construimos sobre Él, sobre sus cimientos, todo cambia. Pero muchas veces nos cuesta entender sus planes, vivimos con miedo y angustia pensando en el futuro, y no somos capaces de vivir con paz y alegría en la cruz. En épocas convulsas como la que vivimos, se hace más acuciante un cambio de perspectiva, una maduración en nuestra fe y en la forma de entender la vida. El Padre Kentenich en el tiempo previo a Dachau, cuando Alemania vivía una época muy complicada, se vio impulsado a hablar con energía del *"Poder en blanco"* y de la *"Inscriptio"*. Veía que las actitudes del poder en blanco y la inscriptio, una más pasiva y otra más activa, estaban ya implícitas en la Alianza de amor con la que nació Schoenstatt en 1914. Sin embargo, debido a los tiempos tan difíciles que les tocaba vivir como Familia, 25 años después, se da cuenta de la necesidad de dar un paso más y hacer explícita esa doble actitud de vida. Veía que la Familia estaba ya madura para avanzar por esta senda. Veía en estos actos de profundización de la Alianza de Amor con María un verdadero camino de santidad. Invitaba así a la Familia de Schoenstatt a dar un salto de confianza y acentuaba que ése era el espíritu con el que había que vivir para poder superar con confianza los tiempos difíciles que se avecinaban. El *"poder en blanco"*, en pocas palabras, supone entregarle a María un cheque en blanco firmado por nosotros, para que Ella escriba en él lo que desee. Es la actitud confiada del hijo, que se sabe protegido y cuidado en manos de su Padre y por eso se abandona y no teme lo que Dios le quiera pedir. Cuando entregamos así nuestra vida perdemos el miedo. Se habla en este sentido de conformidad con la voluntad de Dios. Con ello se designa un grado superior en la lucha por la santidad: Le damos anticipadamente a Dios nuestro "sí"; le entregamos de antemano nuestra disposición a lo que quiera pedir.

¹⁴ J. Kentenich, "Niños ante Dios", 213

La *"Inscriptio"*, por su parte, viene de una expresión de **S. Agustín**: *"Inscriptio cordis in cor"*, que quiere decir: *"Inscripción del corazón en el corazón de Cristo"*. Es un salto de fe más grande todavía. Supone la verdadera santa indiferencia, la plena libertad interior, el máximo grado del abandono, frente a nuestros miedos e inseguridades. En la *"inscriptio"* Dios nos libera de nuestros miedos y cadenas, de nuestras ataduras que nos hacen vivir inseguros y aferrados a nuestros planes. Tiene una base psicológica importante. Viktor Frankl se especializó en sanar a enfermos obsesivos. Su método era conocido como *"la intención paradójica"*. La ansiedad anticipada de sus pacientes desencadenaba precisamente aquello que temían que ocurriera. Él trataba de lograr que sus pacientes desearan (o incluso hicieran) aquello mismo que no querían que llegara a suceder (problemas de insomnio, tartamudeo, etc). Un tartamudo, por ejemplo, para dejar de tartamudear al hablar en público, tenía que llegar a desear hacer el ridículo tartamudeando. De esa forma lograba relajarse y acababa perdiendo el miedo al ridículo. Aplicado al campo sobrenatural y a nuestro anhelo de santidad estamos ante un camino hacia el verdadero abandono en Dios. A través de la *inscriptio* nos abandonamos y ponemos nuestro corazón clavado en el corazón de Cristo. De esta forma, cuando Dios nos da la gracia de desear aquello mismo que tememos, llegamos a ser hombres libres. Perdemos el miedo al futuro y no vivimos con angustia pensando en esa cruz que tanto odiamos. Vivir así sólo puede ser fruto de la gracia en nosotros, de otra forma es imposible, porque normalmente la debilidad nos hace fácil presa del miedo. No es sólo un acto psicológico, es una gracia que nos va transformando y asemejando nuestro corazón al corazón de Cristo. Cuando la *inscriptio* se hace vida en nosotros vamos construyendo nuestra vida en Cristo y los cimientos son firmes, vivimos así la anhelada santa indiferencia. Decía el Papa al hablarle a los jóvenes de cara a la JMJ 2011: *"Como las raíces del árbol lo mantienen plantado firmemente en la tierra, así los cimientos dan a la casa una estabilidad perdurable. Mediante la fe, estamos arraigados en Cristo (cf. Col 2, 7), así como una casa está construida sobre los cimientos"*. Así construimos nuestra vida sobre cimientos sólidos.

El Padre mantuvo siempre el acento puesto en nuestro camino ordinario de santidad. Su pensamiento se puede resumir en esta frase: *"No debemos pedir gracias de contemplación infusa, gracias especiales de oración, pero debemos prepararnos para ellas, en el caso en que Dios nos las quisiera conceder"*. El camino es el ordinario, aquel al que todos aspiramos. Pero también Dios puede pedirles a ciertas personas que asuman con docilidad y alegría la cruz de forma más concreta en sus vidas. De esta forma Cristo trata a sus *"amigos"* con una predilección especial y les pide acompañarle a Él de forma única cargando su cruz. Vivir la *inscriptio* de esta forma es una vocación personal, pero no es la forma como la mayoría tenemos que vivir esa actitud. Todos estamos llamados a inscribir nuestro corazón en el de Cristo. No por ello Cristo va a darnos más cruces por haber realizado ese acto de abandono. Esto sólo sucede si estamos llamados de forma especial a colaborar así en la redención del mundo. Muchos santos en la historia de la Iglesia asumieron esa misión de cargar con el peso de la cruz. Dios quiso hacerlos participar de modo privilegiado de un camino santo. Muchos otros, por el contrario, vivieron un camino diferente. Lo común siempre fue su alegría y apertura para acoger la voluntad de Dios sin miedo y con paz. En realidad a veces hacemos de la *Inscriptio* un acto demasiado complicado y oscuro. Un acto reservado para algunos pocos escogidos, cuando resulta que todos estamos llamados a la santidad y no sólo unos pocos. Por ese motivo deberíamos ser capaces de hablar de estos temas con más naturalidad. En la vida matrimonial esto debería ser habitual. Es cierto que es un tema complicado, porque el pudor nos impide compartir más y porque también es necesario guardar cierto sigilo sobre aquello que vive el alma con Dios. No obstante, tendríamos que ser más naturales. Creo que ciertas preguntas como éstas nos parecen imposibles: *"¿Cómo estás viviendo la cruz que nos toca llevar? ¿Cómo llevas tu aspiración a la santidad?"* Y la verdad es que no hablamos de estos temas con nadie. Tenemos demasiado pudor con las cosas de Dios y corremos el riesgo de vivir nuestra vida de Dios en solitario, sin compartir la riqueza

de lo que vivimos. Cuando no compartimos nada de lo que Dios va despertando en nosotros, le cerramos a los demás las puertas y no dejamos que la presencia de Dios en nuestra vida ayude a otros a crecer en su camino de santidad.

3. El camino que recorren los niños de Dios

Cristo nos propone un camino para edificar nuestra vida sobre cimientos sólidos: la infancia espiritual. Dios nos invita a hacernos como niños para dejarnos guiar por Él. El P. Kentenich nos dice: *“Las cosas nobles y buenas que un niño tiene por naturaleza, pero sólo transitoriamente y en escasa medida, tenemos que conquistarlas nosotros, de manera perfecta y como estado permanente, al precio de luchas, esfuerzos y oración serios”*¹⁵. Los niños nos quieren enseñar a vivir nuestra fe cada día. Hemos escuchado hablar muchas veces de la infancia espiritual. Hoy queremos volver a hacerlo. Hay cosas que por mucho que nos las repitan no nos cansan. Al revés, tenemos que escucharlas nuevamente para aprenderlas de verdad, para interiorizarlas, para hacerlas carne en nuestras vidas. Hay un niño oculto en nuestro interior, un niño atrapado y tenemos que liberarlo. Decía el P. Kentenich: *“¿No hay un niño gritando en nosotros?”*¹⁶ Es ese niño eterno que vive en el alma. Es el niño al que tenemos que escuchar y al que muchas veces callamos. Queremos ser demasiado adultos y tapamos su voz, porque nos incomoda. Nos esforzamos en vencer las tendencias del niño que grita en nuestro interior, porque nos parecen actitudes inmaduras ya superadas. El problema es que si educamos hombres y mujeres sin escuchar la voz del niño, estaremos formando hombres inarticulados y sin armonía y mujeres enfermas. Tenemos que escuchar más a ese niño que clama por salir a la luz. Tenemos que ser más descomplicados y sencillos como ese niño que vive en nuestra alma.

No obstante, la verdad es que nos cuesta ser filiales y depender de Dios o de otros. El niño depende de sus padres, busca en ellos la confianza, descansa en sus manos y no puede hacer nada sin ellos. Sin embargo, es una constante en nuestra vida el hecho de no querer depender de nadie. Hace poco me lo confesaba una persona hablando de este tema. No quería depender de nadie aunque se fuera haciendo mayor. Depender de otros nos parece un retroceso en nuestro crecimiento personal. Luchamos por llegar a ser autónomos y maduros con el tiempo y no nos gusta depender de nadie. La dependencia nos parece algo enfermizo e inmaduro. Los niños son dependientes y eso no nos gusta. Decía el P. Kentenich: *“La infancia espiritual es un deseo clamoroso de ser acogido y complementado. Soy un ser limitado que no se basta a sí mismo”*¹⁷. Sin embargo, cuando asumimos que solos no podemos hacer nada, comprendemos que la vida es mucho más grande, entendemos que es necesario descansar en Dios y que sólo en Él tenemos vida. La dependencia deja de ser un retroceso y se convierte en el mayor avance en nuestra vida espiritual.

No obstante, no es tan fácil dar este paso. Podemos darlo con la cabeza y aceptar que es necesario depender de Dios para todo. Pese a todo, la vida es más fuerte y nos cuesta entender que nuestro crecimiento personal tenga que pasar por depender. El corazón se rebela. Y, como consecuencia, cuando no queremos depender, no le damos la llave de nuestra vida a Dios. Cuando no dependemos de María le cerramos la puerta. Dice el Padre: *“Su fuerza educativa depende, de modo similar al caso del Padre Celestial, de que nos dejemos modelar filialmente”*¹⁸. Depender de Dios pasa por entregar nuestra libertad, por darle las llaves para que pueda educarnos. *“María necesita de más hijos dispuestos a dejarse educar”*¹⁹.

¹⁵ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 120

¹⁶ *Ibídem*, 80

¹⁷ *Ibídem*, 78

¹⁸ *Ibídem*, 520

¹⁹ *Ibídem*, 520

Pero nos cuesta darnos con esa libertad y nos rebelamos. En este retiro queremos volver a profundizar en este tema de la dependencia. Nos cuesta mucho depender de las personas, de aquellos que Dios pone en el camino como transparentes de Dios. Tal vez nos costó ya cuando éramos niños y no vivimos con confianza la relación con nuestros padres. Tal vez ha sido una constante en nuestra vida. Por eso tiene razón el P. Kentenich cuando afirma: *“Yo estoy convencido de que una gran parte de nuestros problemas nerviosos, si no todos, pueden atribuirse a un enfermizo afán de valer y a una falta de sana humildad”*²⁰. Muchas de nuestras tensiones y enfermedades proceden de ese deseo de ser autónomos, de no depender de nadie, de creer que podemos hacerlo todo bien nosotros solos. Depender es un salto del corazón, de la cabeza y de la voluntad. Exige renunciar a muchas cosas. Entre ellas, a nuestro orgullo y afán de suficiencia. Por eso es hoy importante mirar con sinceridad el corazón y preguntarnos sobre esta actitud interior que queremos vivir de verdad.

Algunas preguntas nos pueden ayudar en esta primera reflexión: *¿Cómo vivimos nuestra relación con nuestro director/a espiritual? ¿Nos abandonamos en sus manos educadoras filialmente? ¿Cómo vivimos nuestra relación con nuestro cónyuge? ¿Hasta qué punto confiamos? ¿Cómo vivimos nuestra docilidad cuando otros nos piden cosas con las que no estamos de acuerdo? ¿Cómo aceptamos las críticas y las correcciones? ¿Cómo nos relacionamos con aquellos que tienen alguna autoridad sobre nosotros en esta vida?*

La veracidad de los niños. La autenticidad de sus reacciones y opiniones siempre nos sorprende y alegra. Sin embargo, nos parece poco imitable. Por eso es tan necesario que seamos capaces de gritar: *“Fuera los ‘abriguitos de seda’ y las máscaras!”* El niño es lo que es y no oculta su verdad más profunda, no le importa ser como es. Está contento. No pretende ser diferente. El niño se entrega sin tapujos y no se avergüenza de su verdad más íntima. Nosotros, por el contrario, solemos escondernos detrás de máscaras que garantizan nuestra seguridad. Nos gusta la imagen que nos hemos ido creando y no nos gustaría tener que mostrarnos tal y como somos, con nuestras miserias y debilidades. Darnos tal y como somos exigiría mostrar nuestra pobreza. A veces hemos vendido una imagen de nosotros mismos y no queremos que se venga abajo por ningún motivo. Nos importa demasiado lo que piensen los demás. A veces esta afirmación de Steve Jobs se hace realidad en nuestro corazón: *“No dejéis que el ruido de las opiniones de otros ahogue vuestra propia voz interior”*. La opinión de los demás pesa demasiado y acaba callando lo que de verdad somos. El camino de aprender a vivir en la verdad exige dar un paso hacia delante para aceptarnos tal y como somos. Todo comienza con el autoconocimiento. Con frecuencia constatamos una verdad: no nos conocemos tanto como quisiéramos. No sabemos el origen de nuestras reacciones, no entendemos nuestros estados de ánimo cambiantes, no sabemos explicar la verdad más profunda que escondemos. Decía el P. Kentenich: *“Todo depende de que nos recojamos dentro de nosotros mismos con el fin de tomar conciencia de las fuerzas que Dios ha depositado en nosotros, y emplearlas en forma decidida”*. Es el camino a seguir. Es necesario profundizar para saber quiénes somos y descubrir nuestra misión en esta vida.

Conocernos nos tiene que llevar a aceptarnos tal y como somos. Queremos ser agradecidos con la vida. Cada noche, cada mañana, tendríamos que alegrarnos con Dios por todos los tesoros que ha puesto en nuestro corazón. Dice el P. Kentenich: *“Somos desagradecidos porque nos acordamos muy poco de las misericordias de Dios. Esto proviene de nuestra falta de cultivo de la soledad con el Padre. Si fuese filial estaría más a solas con Él. Pero como soy tan poco filial, mi corazón está en permanente distracción, derramado en las cosas del mundo, a la búsqueda de satisfacciones”*²¹. Nos volcamos en el mundo sin saber que Dios nos necesita. No profundizamos y no somos capaces de asomarnos al abismo de nuestro mundo interior. La verdad se esconde allí. La verdad de nuestra vida. Aceptarla es

²⁰ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 258

²¹ Ibídem, 224

quererla. El otro día me decía una persona: *“Me he dado cuenta últimamente de una verdad: no me quiero nada, no me quiero como soy. Quiero ser distinta, me gustaría ser como otras personas. Los “debería” me pesan demasiado y tengo el alma muy pesada”*. Esta verdad no es una excepción. Muchas personas podrían decir lo mismo de sus vidas. Cuando no nos aceptamos empezamos a vivir derramando rabia a nuestro alrededor. Cuando no nos gustamos pocas cosas y pocas personas nos gustan. Cuando no estamos en paz con nosotros mismos es normal que vivamos en guerra con el mundo, acusando a los que nos rodean de nuestra infelicidad. Vemos todo mal, todo nos molesta. Competimos sin darnos cuenta, buscamos reconocimiento y mendigamos cariño.

¿Cómo es nuestra relación con la verdad de nuestra vida? ¿Nos conocemos de verdad? ¿Aceptamos nuestra forma de ser, nuestra historia, nuestras debilidades y defectos?

Necesitamos aprender a ver a Dios en todas partes. Decía el Padre Kentenich al hablar de los niños: *“En los ojos puros de un niño se refleja en primer lugar toda la grandeza de la creación que el niño ha acogido en sí mismo. Reflejan todo lo divino que él lleva en sí. Nosotros, al contemplarlos, sentimos que entre el niño y Dios sólo hay una tenue película, una delgada pared”*²². Miramos a los niños para aprender de ellos, de su inocencia y transparencia. Están llenos de Dios. Llevan impreso en su corazón la belleza de Dios. Al reflexionar sobre este rasgo de los niños lo hacemos desde una doble perspectiva. Por un lado nos gustaría ser capaces de mirar como miran ellos. Los niños descubren la bondad de las cosas, llevan la inocencia en el alma y no piensan mal. Mirar así es un don de Dios. Así es como nos mira Dios. Es la mirada que se alegra con las cosas cotidianas y simples. La mirada que sabe ver lo bueno de cada persona. *“El bien es difusivo en sí mismo”*, decía Santo Tomás de Aquino. La mirada positiva sobre el mundo lo hace mejor de lo que es, lo transforma. Mientras tanto, la mirada negativa y crítica sobre la realidad la hace peor de lo que es. Cuando resaltan lo bueno que hay en nosotros logran que saquemos lo mejor. Cuando nos insultan y ofenden sacan lo peor. Es verdad que una opinión no tiene poder transformador. Sin embargo, así como el bien engendra bien, el mal despierta el mal. Necesitamos cambiar nuestra mirada sobre el mundo. Nos sentimos perseguidos muchas veces, o ninguneados y no tomados en cuenta. Cuando nos sentimos atacados o heridos respondemos con ira, con rabia y desprecio. Nos encerramos y comienza en el corazón un remolino de sentimientos oscuros. Dejamos de ver a Dios en las personas. Dejamos de ver su bondad y sólo vemos el mal que nos han hecho. La herida abierta no se convierte en camino de salvación sino en nuestra propia perdición. El mal recibido engendra mal. Aprender a mirar como los niños es un don de Dios.

Por otro lado soñamos con que los **demás puedan ver en nosotros la bondad de Dios**. Soñamos con reflejar la bondad, la ingenuidad, la inocencia y sencillez de los niños. Nos hemos hecho adultos demasiado rápido y ya no recordamos los rasgos que eran tan nuestros. Nuestra inocencia ha abandonado el corazón dejando prejuicios, juicios y desconfianza. Ya no somos tan sencillos como antes, nos hemos vuelto complicados, tenemos muchos recovecos y dobleces. Ya no tenemos la bondad natural de los niños, no transmitimos esa bondad difusiva que tanto bien hace al mundo. Vivimos acorralados y a la defensiva. Siempre estamos en tensión, para evitar agresiones, para defendernos, para evitar que descubran nuestras debilidades. Ocultamos lo que somos y mostramos sólo una parte, la que más nos gusta. Ponemos distancias y barreras y evitamos que los demás vean en nuestra bondad una presencia viva de Dios. Nos hacemos herméticos para que nadie pueda penetrar en nuestro interior y hacernos daño.

¿Hemos perdido la ingenuidad y la inocencia? ¿Cómo son nuestros juicios sobre los demás? ¿Somos capaces de destacar el bien antes que el mal?

²² J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 125

Dios quiere el aniquilamiento de nuestros seguros humanos: nuestras “pólizas de seguro”, nuestros criterios tan humanos, nuestra autosuficiencia, nos alejan de Dios. Él nos quiere mucho, por eso nos lleva al desierto, a la aridez interior, para purificar nuestro amor, para desasirlo totalmente del “yo” y que sólo quede el “tú”. El amor tiene que ser acrisolado y purificado para llegar a las más altas cumbres de la entrega. Las imperfecciones salvadas en el fuego del amor verdadero desaparecen y el corazón llega a las cimas de Dios. Por eso nos preguntamos: *¿qué nos aparta de Dios y de su compañía?* Es necesario entregar las cosas más queridas. Repetimos la oración que nos enseñó el P. Kentenich: “Mi Señor y mi Dios, toma todo lo que me ata, cuanto disminuye mi amor a Ti; dame todo lo que acreciente mi amor a Ti y si estorba al amor, quítame mi propio yo”²³. Es decir, para ser hijo es necesario que Dios aparte de nosotros todo lo que nos separa de Él. Recordemos el evangelio del mercader en perlas preciosas: “al encontrar una de gran valor, va y vende todas las demás” (Mt 13, 44 ss.). Hemos encontrado un tesoro en el campo y hemos vendido todo para retener el tesoro. Creo que a veces queremos servir a dos señores, a Dios y al dinero y por eso no somos como niños, confiados en su presencia.

El crecimiento en la infancia espiritual: el Padre hablaba de la infancia espiritual íntegra. “Es una infancia espiritual acrisolada y depurada en la lucha de la vida. La infancia espiritual probada y abnegada es por excelencia donación de sí mismo. Si aplican esto a la infancia espiritual puramente sobrenatural, ella se hace sinónimo de santidad heroica”²⁴. Señalaba que hay dos etapas en la historia de nuestra infancia espiritual. La primera: “Yo con la gracia de Dios. Aquí colocamos en el centro nuestra propia voluntad y lucha personal”. La segunda: “La gracia de Dios conmigo. Expresa el hecho de que estamos bajo la acción de los dones del Espíritu Santo”²⁵. En la segunda es Dios el que está en el centro, no nosotros. Cristo cobra figura en nosotros, nos asemejamos a Él que es hijo.

Pero antes de llegar a una infancia espiritual acrisolada, es necesario el paso por una infancia espiritual primitiva o inmadura. Decía el P. Kentenich: “Si el alma no se vincula antes que nada de manera primitiva (inmadura), no puedes permanecer tampoco vinculada de forma integral”²⁶. El crecimiento empieza siempre por el comienzo. Y el comienzo siempre es imperfecto, es parte del proceso de crecimiento. El Padre llega a decir: “Si no se dan innumerables impertinencias y también abuso de libertad, hay algo que no está en orden. Tienen que suponer siempre que se trata de un formalismo exterior. Lo inmaduro debe desfogarse en casa”²⁷. La inmadurez es parte del crecimiento, el desorden pertenece al camino que tenemos que recorrer con paciencia y con paz interior. Tenemos que dejarnos educar paso a paso. Pero siempre el comienzo no es el final de nuestra vida. Estamos haciéndonos y no podemos juzgarnos por el momento que vivimos. Los santos fueron haciéndose en la lucha. Su santidad se vio con perspectiva al final de sus vidas.

¿En qué fase de nuestra infancia espiritual nos encontramos? ¿En qué tenemos que madurar y liberarnos? ¿Cuáles son nuestras ataduras?

²³ J. Kentenich, “Hacia el Padre”, n° 392

²⁴ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 97

²⁵ *Ibidem*

²⁶ J. Kentenich, “Textos pedagógicos”, H. King, 217

²⁷ *Ibidem*, 218

4. Los frutos de nuestra entrega filial en las manos del Padre

La aceptación: ¡qué liberación más grande sabernos conocidos tal y como somos! Por eso mismo, ser aceptados y amados profundamente es el mayor regalo en nuestra vida. Al ser aceptados tal y como somos nos liberamos de todos nuestros complejos, ataduras, reservas, temores e inseguridades. ¡Es la liberación más plena! Pero también pasa por que nosotros aceptemos a las personas tal y como somos. El que se sabe aceptado como es no tiene ningún problema en aceptar a los demás tal y como son. El que no se siente aceptado, sin embargo, rechaza a todos y vive en guerra continua.

La seguridad existencial²⁸: La aceptación trae consigo la seguridad plena. Nos sentimos seguros, “guardados”, protegidos, en el corazón del Padre. Decía el P. Kentenich: *“El ser humano es un ser pendular: oscila perpetuamente de aquí para allá. La constante del desamparo y de la inseguridad son parte de la estructura ontológica del ser humano”*²⁹. Tendemos por naturaleza, por nuestros límites, al desamparo. Por eso nuestro camino es llegar a descansar en el corazón de Dios y de María. De allí nada ni nadie debería sacarnos: ni los fracasos, ni las difamaciones, ni las enfermedades, ni la misma muerte. Estamos en nuestro nido seguros. Lo que Él dispone o permite es bueno para nosotros. Vivir con esta seguridad es un don de Dios. Cada vez que nos olvidamos del lugar donde tenemos que reposar, buscamos otros lugares que no nos dan paz. Estamos llamados a vivir con esta seguridad en Dios, con la seguridad del péndulo que tiene su descanso en Dios. En estos ejercicios volvemos a colocar el centro en Dios. En Él nos abandonamos.

La felicidad: ¿qué es la felicidad? Es el disfrute en la posesión de un bien eterno. ¿Cuál es nuestro Bien eterno? ¡El amor infinito y misericordioso del Padre! Decía el Padre: *“La causa profunda de nuestra infelicidad está en nosotros mismos, en la irredención y esclavitud de nuestra propia alma”*. Perdemos la felicidad cuando nos hacemos esclavos. La alegría es un don de Dios. Los niños viven felices el presente. Ven todo como una novedad. Se alegran con los primeros pasos que dan. Por eso, cuando vivimos como niños de Dios tenemos esa felicidad que es un don. La alegría es el don de Dios que suplicamos siempre. Nos gustaría sonreír más, dar más alegría a las personas que nos rodean, en lugar de caer en la rabia y en el resentimiento. La infancia espiritual nos hace más niños, más jóvenes. Decía el Padre: *“Debemos hacernos niños y, por eso, permanecer eternamente jóvenes, pero eternamente jóvenes en el sentido de la vida eterna, de la eterna juventud”*³⁰. Es la eterna juventud que nos permites ser flexibles y fáciles en las relaciones, que no nos deja anclados en el pasado ni en los “debería” que condicionan nuestra vida. Es la juventud que nos mantiene alegres y siempre dispuestos a seguir los pasos de Cristo.

La docilidad. Estos frutos de la filialidad los acrecentamos con nuestro *“Sí, Padre”* de cada día. Y, ¿en qué consiste ese *“Sí, Padre”*? Nuestra vocación es más sencilla de lo que creemos, consiste en vivir con el Padre haciendo siempre lo que Él nos pide. Se trata de que nuestra vida de oración y nuestra vida sacramental estén ancladas en Dios. Necesitamos vivir el abandono confiado en las manos del Padre. Decía el P. Kentenich: *“Queremos ser niños, confiar sin reservas en Dios y, de esta manera, descubrir y desarrollar nuestra vida en libertad”*. Pero a veces podemos pensar que tenemos que hacer muchas cosas. Decía el P. Kentenich: *“¡Cuánto trabajo y cuánto tengo que afanarme para convertir el mundo! Todo este afán se justifica si es querido por Dios. Pero también es bueno asegurarse de que no se trata de un activismo*

²⁸ Conf. J. Kentenich, “Hacia el Padre”, n° 417 a 422

²⁹ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 262

³⁰ J. Kentenich, “Textos pedagógicos”, H. King, 213

*meramente natural. Cristo no quería nada que no fuese hacer siempre la voluntad del Padre*³¹. Tenemos que dejarnos conducir por Dios. ¿Qué nos pide? A veces podemos sentir que hacemos pocas cosas desde que nos casamos. Los hijos, el trabajo, la vida nos consumen. Los apóstoles siguieron a Jesús y estuvieron con Él. No hacían mucho. Escuchaban, hablaban, compartían con Él la comida. No convertían muchas almas con sus palabras. Nosotros nos creemos a veces indispensables para Dios. Podemos llegar a pensar que seríamos más útiles en otra parte, en tierra de misión. ¿No caemos a veces en un cierto activismo o afán de protagonismo? Creemos que cuanto más producimos, más logramos. Nos pensamos indispensables para la conversión del mundo. Nos olvidamos de algo fundamental, Dios recoge el fruto allí donde no ha sembrado. Dios lo puede hacer todo. Por esto tenemos que confiar más. No se trata de hacer mucho, al contrario, la vida consiste en dejarnos hacer. Pero se nos olvida. Cuanto más producimos más orgullosos nos sentimos. Al final de nuestra vida no vendrá Dios y nos dirá: ¿Cuántas reuniones has tenido? ¿A cuántos has convertido? ¿Cuántos testimonios has dado? ¿Cuántas charlas? No, no será ésa su pregunta. Y eso que si lo hiciera a lo mejor tendríamos números importantes que enseñar, sobre todo si nos pregunta por el número de reuniones que hemos tenido. No, Jesús simplemente nos mirará y nos dirá: ¿Cuánto has amado? Lo sabemos, lo hemos oído cientos de veces, ¿no es verdad que se nos olvida? Se nos olvida y caemos en una espiral de hacer muchas cosas. Si no hacemos nada nos sentimos culpables, si nos exigimos demasiado esto acaba pasando factura a nuestro cuerpo y a nuestra familia. A veces nos buscamos a nosotros mismos en todo lo que hacemos. Creemos que haciendo mucho recibiremos mucho y estaremos más felices. Vivir la gratuidad nos cuesta. Dar sin recibir nada nos parece impensable.

Queremos aprender de nuevo a vivir bien nuestro camino. Queremos ser niños confiados que saben que están haciendo la voluntad de Dios y no la propia. Empezamos a construir cuando entendemos que sin nosotros el mundo no sería igual. Es cierto. Todos tenemos algo que aportar y nuestro aporte es único, es un tesoro. Un niño de seis años le preguntaba a su madre el otro día: *"Mamá, ¿para qué estoy en esta vida?"* Dios ha escondido un tesoro en nuestro corazón. Pero el mundo seguirá girando cuando no estemos. Esto nos hace más humildes. A veces podemos sentirnos irremplazables, demasiado *"únicos"*. El tiempo pasa y nos pone a cada uno en nuestro lugar. Nuestra fecundidad pasa por la cruz. La huella que dejemos será la del amor que hayamos entregado. A veces nos gusta mucho que nos tomen en cuenta, que nos valoren y pregunten, que nos den responsabilidades. Ya somos cristianos viejos y nos creemos con derechos adquiridos. Nos gustan los cargos y ser útiles para otros. Nos tienen que pedir consejo, porque nosotros sabemos hacer las cosas. Cuando lo hacen nos sentimos más valiosos y vemos que Dios nos necesita. Nos sabemos importantes para Dios. Buscamos buenos resultados y una lista enorme de logros con los que poder llegar tranquilos al Señor. Nos gustaría presentarle la cartilla llena de buenas notas. Nos da miedo sentarnos ante Dios con los deberes sin hacer, así, sin ningún fruto. Lo que hemos vivido, lo que transmitimos a nuestros hijos, es lo mismo que hacemos con Dios. Exigimos buenas notas y buen comportamiento porque eso fue lo que vivimos en nuestra familia. No acabamos de entender la gratuidad y la misericordia de Dios. La generosidad sin medida, el arte de descansar en Dios como los niños, nos parece algo exagerado. Pensamos que tenemos que dar más, que Dios nos pide más siempre. Nuestra vida nos llega a parecer insignificante, aburrida y rutinaria. Creemos que deberíamos irnos a misiones o estar todo el día predicando la Palabra de Dios. No consiste en eso la verdadera santidad. La santidad consiste en hacer lo que Dios nos pide aquí y ahora aunque nos parezca terriblemente simple. Dios nos pide la discreción y humildad de ese amor diario y pobre que se entrega en el silencio, o en la soledad, o en la enfermedad que no entendemos.

³¹ J. Kentenich, "Santidad, ¡Ahora!", 153-154

Tenemos que aprender a valorar el sentido de sembrar. Cuando formamos una familia normal, con un trabajo normal, haciendo cosas normales, estamos sembrando. Sembramos cuando hacemos lo que Dios nos pide y transmitimos al mundo la alegría de vivir con Dios. No tenemos que hacer cosas fuera de lo común. Cuando sembramos paz alrededor, estamos construyendo su Reino. Cuando unimos en lugar de dividir, estamos contribuyendo a un nuevo Pentecostés. Cuando rezamos y perdemos horas en silencio sin producir nada, estamos dejándonos hacer. Cuando hablamos bien de los demás, cuando elogiamos, cuando nos alegramos de los logros de los otros, estamos haciendo familia. Cuando sonreímos en lugar de poner malas caras, cuando alentamos a otros en lugar de desanimarlos, cuando somos serviciales en lugar de exigir que nos sirvan, cuando ocupamos los puestos humildes, en lugar de esperar reconocimiento, estamos haciendo lo que Dios nos pide. La infancia espiritual es el camino para vivir nuestra fe. Mirando las características de los niños comprendemos el camino largo que tenemos por delante. Es necesario ponernos manos a la obra, dejar de lado los ropajes adultos y revestirnos de las ropas de los niños. Pero también sabemos que todo esto no es posible a base de esfuerzo. Se trata de dejarnos hacer por Dios. ¡Cómo nos cuestan las manos de Dios trabajando sobre nuestro barro! Nos resistimos. Queremos cambiar pero no dejamos que Dios entre en nuestra vida para poner orden. No dejamos que Él cambie todo.

La fecundidad es de Dios y nosotros no decidimos. Muchas veces quisiéramos que nuestros actos trajeran consecuencias y nuestras semillas dieran fruto de forma visible. Pero no suele ser así. La semilla es enterrada y muere y da su fruto. No es fácil entenderlo. Hace poco me contaban la historia de un sacerdote italiano, el Padre Gicacomo de Udine³² que era una referencia para muchos sacerdotes que se confesaban con él. Estaba muy enfermo y su sueño era poder ir a Lourdes. La razón, como él decía, no era curarse sino estar cerca de María. Se lo pidió al superior pero no logró que le autorizara a ir debido a su delicado estado de salud. Al final insistió y consiguió el permiso. Cuando estaba a punto de partir, le comentó a un hermano de Comunidad: *“A Lourdes voy pero no vuelvo”*. Lo cierto es que al llegar a Lourdes empeoró y murió en el hospital después de rezar el Magníficat. Fue enterrado en el cementerio de Lourdes. Dos meses después, una mujer que le llevaba flores a su marido, escuchó en su interior: *“Si llevas flores a tu marido, ¿Por qué no me las traes también a mí? Si me traes flores te prometo muchas gracias”*. Al día siguiente le llevó flores y se empezó a correr la costumbre de llevarle flores. Las gracias y milagros empezaron a llegar. Se investigó su vida y se inició pronto su proceso de beatificación. Al abrir la tumba encontraron su cuerpo incorrupto. Este sacerdote desconocido empezó a ser fecundo en la tumba. Desde entonces su tumba está viva y todos los días tiene flores frescas. Muchos le rezan sin haberlo conocido en vida. Todos lo recuerdan como un monje peregrino humilde que murió en Lourdes entonando el Magníficat. Tal vez sea así con nosotros. No lo sabemos. La fecundidad es de Dios, nosotros sólo sembramos.

PAUTA DE REFLEXIÓN PERSONAL:

¿Cuáles son mis heridas, mis cruces y sufrimientos? ¿Cómo los manejo?

¿Qué “cimientos” hacen vacilar el edificio de mi vida y mi familia?

¿Qué necesito para que el edificio de mi vida y de mi familia no se tambalee?

³² Conf. Alessandra Borghese, “Lourdes”, 121